

Las nuevas formas de la racionalización.-Economía Industrial

(Trabajo presentado a la 2a. Conferencia Mundial de Energía)

(Traducción de Benjamín Jaramillo M.)

Por el Prof. Dr. F. SERRUYS

El hecho de ser hoy día Berlín el asiento de varias reuniones en las que participan todos los pueblos del globo, es la demostración más evidente de la importancia de una nueva religión propuesta a todos los que piensan y trabajan, llamada Racionalización, y que consiste en la captación y utilización más racionales de todas las fuentes de energía del mundo.

En el tiempo de su nacimiento en América, correspondía a una mística que le era peculiar: la de la eficacia. En el país en donde William James formuló la doctrina del Pragmatismo que mide el valor de las ideas y de los sistemas filosóficos según su eficacia, debía nacer como una consecuencia de su composición misma y de las aspiraciones comunes en las cuales podían unirse elementos tan dispares, y como una expresión de las condiciones materiales de su vida y de los ideales propios de su civilización, un movimiento cada día más generalizado hacia la organización metódica: "Scientific management of the work" y hacia el rendimiento más eficaz del trabajo humano. Taylor dio origen a este movimiento a la vez que a sus aplicaciones más concretas y su dirección más segura. Ciertamente que él no pudo prever su desarrollo prodigioso que irradia hoy día a través de la vida económica de todos los pueblos; que dirige las concepciones de todos los jefes de empresas y aún el trabajo del obrero; que orienta la producción, canaliza las ventas y exalta el consumo, que asocia de manera más y más estrecha y cada vez más consciente la técnica financiera y la actividad industrial; que después de haber modificado las formas de espíritu y de acción de los individuos, después de haber unido las clases sociales en la persecución de un fin común, influirá mañana de una manera decisiva sobre las relaciones de los pueblos, prefiriendo a las rivalidades desordenadas, la realización feliz de una tarea concertada racionalmente.

Indudablemente que la humanidad ha hecho de la racionalización, el mismo uso que M. Jourdain hacía de la prosa. Desde el primer marino que tendió su vela para confiar al viento el cuidado de propulsar su embarcación; desde el primer molinero que encauzó el torrente para hacer girar su molino; desde la marmita de Papin; desde la pila de Volta hasta el descubrimiento de las fuentes de energía que desarrolla el movimiento de las mareas; o la variación de la temperatura en los océanos; o la combinación química de los gases detonantes; o el aprovechamiento de las ondas que atraviesan los mundos; todo inventor se ha preocupado siempre del dispositivo que proporcione el mayor rendimiento; todo fabricante ha tenido el cuidado si no de economizar la fuerza empleada al menos de procurársela de la manera más económica.

Pero se han necesitado siglos para que los industriales se den cuenta que si es útil discutir el precio del carbón, no menos provechoso es analizar la manera de no perder una parte considerable del poder calorífico del combustible; de recuperar los gases escapados en la combustión y de utilizar todos los elementos de energía que pueden obtenerse en el curso del tratamiento de la hulla negra. Han sido necesarias décadas a los productores y consumidores de la hulla blanca para regular su producción a pesar de las estaciones. Los progresos así realizados a posteriori, como consecuencia de las experiencias desastrosas, o resultado de una concurrencia implacable, no son más que los anuncios y estimulantes del estudio metódico y previo que busca y coordina todos los elementos de los cuales puede resultar una producción mejor, más económica y más bien adaptada a las necesidades científicamente reconocidas del consumo; este estudio se llama la racionalización.

Antes de considerar los problemas actuales al mismo tiempo que los más vastos, a los cuales nos conduce este estudio, conviene recordar las fases sucesivas por las que ha pasado.

La primera es la fase técnica, la del Taylorismo. Consiste en la organización científica del taller y la oficina. En la fábrica es el agrupamiento de los equipos, la repartición del trabajo entre los obreros, la manutención más rápida y más eficaz obtenida de cada uno de ellos, ahorrando todo gasto inútil de fatiga; tales son los primeros objetos que se propone un método del cual se pueden juzgar los efectos al observar por ejemplo una "cadena" en una fábrica de automóviles. En la dirección, la clasificación metódica de

todos los trabajos, la repartición inmediata a las personas responsables, el control de ejecución, la conexión con los fabricantes del interior y del exterior, la busca de mejores tiempos, la realización más adecuada del negocio presente, y la preparación más eficaz para prever el negocio en el porvenir: he aquí lo que se puede esperar de una organización reflexionada y racional, a la cual contribuyen a la vez medios materiales bien escogidos y una selección rigurosa de elementos psicológicos. Después de que esta racionalización ha traspasado el taller y la oficina, penetra en todas las etapas de la producción y las coordina. Establece el ritmo de los aprovisionamientos y asegura su regularidad, a pesar de la competencia entre los proveedores, y la tendencia siempre en aumento hacia las nuevas fuentes de riqueza y a los productos nuevos. Dicha racionalización reorganiza y adapta a cada especie los métodos de contrato.

Después se lleva a las fábricas, es decir, a la búsqueda, disposición, empleo, y rendimiento de la maquinaria. Cuántas máquinas han sido creadas, que deben su invención a las indicaciones de los jefes de talleres o a las observaciones de los consumidores más que al genio de los especialistas de la mecánica. Los métodos de recuperación tienen igualmente en el estudio de la explotación racional un lugar importante, sobre lo cual se ha escrito gran cantidad de libros. Así, el Taylorismo desde luego limitado a la gestión del taller y la oficina reúne los problemas centrales de la producción.

Donde quizás se muestra mejor al público el progreso del manejo científico, es en la renovación de los métodos para la distribución de los productos. La estadística llevada en cada región de un país, en cada barrio de una gran ciudad, de las necesidades y de la capacidad de adquisición de cada clase de compradores; la reducción a un pequeño número de tipos standarizados que correspondan a estas necesidades y a estas posibilidades, de productos que no pueden ser obtenidos a buen precio si no son fabricados en masa; la apreciación de los métodos de presentación y propaganda tales que tiendan a provocar la demanda y mantenerla en un ritmo sostenido; el examen psicológico de los vendedores y de su selección en vista de la venta de productos determinados y del contacto continuo de los métodos de venta que hacen ahora, en América y Europa, en Berlín, en Viena, en Colonia, el objeto de una enseñanza continua: hé aquí algunos aspectos de la racionalización del comercio, tales como se persiguen desde hace unos veinte años. Se

concibe que la organización comercial haya sobrepasado bien pronto su misión inicial, cual es, la de asegurar la salida de los productos y que llegue a ser un factor decisivo de la producción, a la cual da su programa y asegura una organización regular y apropiada de sus aprovisionamientos que tienden a una fabricación adaptada a las previsiones de las ventas, a la cual evita los peligros de los retardos de entrega o la acumulación onerosa en los depósitos.

Recuerdo un cuento simbólico de Anatole France en el que un hombre que ha luchado toda su vida para mover uno a uno los radios de la enorme rueda de la Ciencia, se da cuenta un día de que le es suficiente ahuecar uno de dichos radios para introducirse al centro de la rueda, donde puede fácilmente hacer girar la prodigiosa máquina, ayudándose solamente de su dedo meñique. De la misma manera que al destruir suficientemente ciertos aspectos, en apariencia rudimentarios de la producción, y del comercio, el Taylorismo ha llegado poco a poco a encontrar el centro mismo del problema económico.

En el curso de un período agitado, marcado primero por las concepciones capitalistas, luego por la bancarrota de las monedas europeas, los factores financieros influirán sin embargo sobre la organización científica del trabajo, más que los elementos propiamente económicos.

Este período podría llamarse la fase financiera de la racionalización. Se discutirá sin duda entre financistas y productores sobre la relación entre la prosperidad financiera y la actividad económica. Lo que para unos es la causa es para otros el efecto; pero debemos esperar una época de más prudencia y moderación para poder admitir que se trata simplemente de dos aspectos complementarios e inseparables de un trabajo metódicamente concebido y justamente remunerador.

Pero antes de la guerra, la fácil disposición de grandes capitales favorecía la concepción que daba el predominio a los medios financieros sobre los métodos de organización común. Era la época de las grandes concentraciones verticales. La era en que los industriales se jactaban de reunir bajo su control o aún bajo su posesión todas las fuentes y todos los órganos que se relacionaran con su actividad; y, siguiendo una fórmula a menudo repetida: de dominar su negocio "desde la tierra que da la materia prima hasta el jornal que asegura la publicidad al producto fabricado".

Este concepto que a menudo no ha sido sino la expresión de un capitalismo exaltado, es tanto menos aplicable cuanto más se refiere a las industrias transformadoras. Que los metalurgistas se esfuercen en asegurar mediante el pago de intereses apropiados, su aprovisionamiento en coque y en minerales de hierro, para no tener que pagar el beneficio comercial de sus materias primas y para sacar el mejor partido desde el punto de vista técnico, de la regularidad y de la calidad constante de su aprovisionamiento es, con ciertas reservas, una concepción racional. Que los productores de hulla, por un cuidado de explotación económica, quieran enviar gas o energía eléctrica a grandes distancias, más bien que carbón o coque; y utilizar en una cierta medida los subproductos de la destilación de la hulla, es sin duda, un progreso hacia la organización más eficaz de su actividad, al mismo tiempo que un beneficio para la economía general; a menos que las hulleras no se pretendan sustituir con industrias transformadoras de una técnica más sencilla, más especializada y que dispongan de una información más científica y de una maquinaria más adecuada. Que los productores de petróleo del mundo pretendan refinar por sí mismos en el propio lugar de la extracción sus aceites minerales, y sacar no solamente la parafina, la ozoquerita, etc., sino todos los subproductos inmediatos, es una concentración útil, ya que ellos no pretenden la exclusividad del producto en bruto; pues en este caso no podrían aparecer con pretensiones más justificadas que Australia que transforma por sí misma toda su lana o que los Estados Unidos que no exportan su algodón sino bajo la forma de telas.

Pero la duda subsiste cuando se ven grandes firmas de automóviles explotar minas de carbón y de hierro, fabricar y laminar su hierro y sus aceros especiales, sus vidrios, sus cojinetes y todo su equipo eléctrico, organizar de una manera autónoma sus transportes por ferrocarriles y por mar, y asegurar por medio de la multiplicación de sus agencias de venta y montaje la exclusividad, la clientela mundial. El problema consiste en saber si una misma firma para la cual cada una de estas actividades no es sino una etapa de una industria más compleja, puede industrial y comercialmente esperar resultados tan satisfactorios como una empresa especializada que consagre a ella todos sus estudios siempre en evolución, y haga ensayos siempre mejorados; que tenga una maquinaria sin cesar renovada y que obtenga de esta suerte un mejor rendimiento, una mejor calidad y mejor precio. En efecto, la experiencia ha si-

do concluyente. La industria que no se considera sino como un elemento de una fabricación de la cual no es absolutamente responsable, no tiene ni los mismos recursos ni la misma jurisdicción que una industria que se considere como autónoma. Técnicamente aquella va a la zaga de ésta, pues le falta el estímulo ya que moralmente no tiene el orgullo y la fe de la autónoma, pues no es un organismo sino una célula. Cuál es, pues, la filosofía optimista que declara que el orgullo comienza cuando uno se considera así mismo como más de la mitad del universo? Es sin duda el sentimiento que tienen de sí mismos ciertos autores de concentraciones megalómanas; no es el sentimiento que puede tener de cada una de ellas las fábricas incorporadas en un sistema en el cual no son sino una parte de un organismo. Así la desconcentración se ha comenzado. La contrarréplica que se da, si no estoy equivocado, es la de una gran firma sueca especializada que provee de cojinetes al más grande constructor de los Estados Unidos o de empresas especializadas en laminación de hierro que le preparan en gran parte los elementos de la carrocería.

Después de la guerra, en las grandes tormentas de los cambios y a favor de las catástrofes económicas producidas por la inflación, la política reapareció pero bajo una forma diferente. Se trataba esta vez, no de lanzar un organismo vivo, sino de recoger los cadáveres o por lo menos de preservar los signos monetarios amenazados de una desaparición progresiva, invistiéndolos de bienes reales. La política de los "Konzerns" aglutinó audazmente empresas agónicas sin saber si esta incorporación sería suficiente para darles vida, invirtiendo capitales en construcciones gigantescas y en maquinaria poderosa, sin que resultara de esto, aquella reaparición de las fuerzas y aquella abundancia de riquezas que el labrador de La Fontaine esperaba del tesoro que creía se había enterrado en su campo; fundando sistemas económicos y destruyéndolos de un día para otro, al ritmo de las últimas adquisiciones o quiebras. Fue preciso oír el desdén con que Fritz von Siemens trataba esta política en la Conferencia económica mundial de 1927, para darse cuenta de que, inaugurada en un período turbado, esta política tomaba ya la apariencia de una locura o de un desastre, desde que se afirmaron, aunque todavía imprecisas, esperanzas de estabilidad y de retorno progresivo a la normalidad económica. Por otra parte el fenómeno de la multiplicación desordenada de los medios de producción y de esparcimiento de los medios financieros en los

círculos improvisados se conocieron no solamente en los países en donde la moneda estaba amenazada, sino también en los otros, en donde el mismo desorden fué provocado por el réempleado de los beneficios de la guerra, por la fuga de los capitales a otros países y por el hecho temible desde el punto de vista económico y social del cambio de faz de la riqueza.

Fué después de esta desorganización especulativa de post-guerra, cuando vino la preocupación de organizar racionalmente la producción; lo mismo que después de una grave enfermedad se experimenta la necesidad de fijar las reglas de la higiene.

Por otra parte, la actividad histórica de post-guerra no dejaba sino ruinas. Había ciertamente engendrado una capacidad de producción desproporcionada a las necesidades, que, con el empobrecimiento del mundo se habían limitado más bien que aumentar. Había sobrecapitalización de los negocios, la que debía por mucho tiempo recargar de deudas su economía. Había gastado en primas de intereses y en otras erogaciones, fondos que hubieran servido mejor de capital de trabajo, en el momento mismo en que el saneamiento de las finanzas imponía de nuevo la supresión de lo superfluo. Pero en general la maquinaria del mundo había crecido y mejorado; estaba al servicio de organizaciones menos numerosas y más coherentes, y aún los capitales que se hubieran apartado por vías diferentes, podrían servir de medios de negociación o de trueque.

Esta vez fue abordada la racionalización por su aspecto financiero al mismo tiempo que por su aspecto económico.

Para apreciar mejor la manifestación de este esfuerzo, es suficiente mencionar el progreso constante desde la guerra, de los métodos que se han designado con el nombre anglo-sajón de "Burdget control", o sea el control de un negocio por medio de su presupuesto, y que tiene por objeto establecer el lazo necesario entre la financiación de una empresa y el programa económico de su actividad.

Este método de controlar el presupuesto será objeto dentro de breve tiempo de un gran debate propuesto por el Instituto de organización científica de Ginebra. Esto interesa no solamente a cada industria aislada, sino al largo y paciente trabajo de saneamiento económico, después del amasijo de las riquezas y del desorden de las empresas.

(Continuará)